
¿DEBE JUGAR EL ESTADO UN PAPEL EN LA GENERACIÓN DE CONOCIMIENTOS RELEVANTES PARA LA SOCIEDAD?

GUILLERMO LORENZO

Las presuposiciones de un enunciado tienen, como los cimientos de una vivienda, la callada, aunque fundamental, misión de mantener el enunciado en pie y en condiciones de instigar el tipo de reacciones a que su relevancia apunte. Sin embargo, conviene a veces romper ese silencio y analizar los enunciados desde sus mismas raíces, desde sus cimientos; en definitiva, partiendo de sus presuposiciones. En el lenguaje, como en la arquitectura, nada puede haber peor que pasar por alto los problemas estructurales. Respondo, así, a la pregunta en torno a la cual se nos concita en este foro con otra algo más radical, porque cuestiona (en realidad, anula) su presuposición básica: ¿Debe jugar el Estado un papel en la generación de conocimientos relevantes para la sociedad?

Esta nueva pregunta tiene una obvia resonancia intertextual, pues remite evidentemente a la tesis de Paul Feyerabend sobre la separación de Estado y ciencia. La explicito a continuación, ya que capta a la perfección una dimensión del asunto que corre el peligro de quedar oculta por el sesgo de la pregunta que da título al debate:

Debería darse una separación entre el Estado y la ciencia tal como la que ya existe entre el Estado y la Iglesia. La razón de dicha separación es simple: cada profesión tiene una ideología y una pulsión de poder que va más allá de sus logros; es tarea democrática mantener tal ideología y tal pulsión bajo control. En esto, la ciencia no merece un trato diferenciado frente a otras instituciones (Feyerabend, 1978: 151; la traducción es mía).

Interesa subrayar que lo que plantea el fragmento es la necesidad de que el Estado se mantenga, en su propio beneficio, separado de la ciencia, pues de lo contrario se arriesga a que los ideales y ambiciones de construcción social para la que sus representantes son democráticamente elegidos sean usurpados por los propios del complejo de corporaciones al mando del desarrollo científico-técnico. No se trata, por tanto, de renegar del desarrollo científico-técnico (lectura fácil a la que han sido tentados muchos

comentaristas de Feyerabend), sino de contrarrestar la fuerza de sus promotores y protagonistas, ya que no existe una verdadera ecuación entre progreso social y progreso científico.

Ahora bien, no se me escapa que el formato de la pregunta que define el debate (*¿Qué papel debe jugar el Estado en la generación de conocimientos relevantes para la sociedad?*) más bien apunta a un tipo de intervención en la dirección opuesta, es decir, la del Estado sobre las instituciones y corporaciones al frente del desarrollo científico-técnico. Como he observado, la formulación de la pregunta presupone la bondad de tal intervención y sólo cuestiona su alcance o contenidos concretos. Pues bien, tomarse en serio la tesis de la separación entre Estado y ciencia también supone cuestionar la bondad de esa presuposición. La razón es tan simple como la que señala Feyerabend, aunque en sentido contrario: los estados experimentan derivas indeseables y tienden al abuso del poder, esto es, a actuar en contra de los ideales y límites que democráticamente les son señalados. El control del desarrollo científico-técnico por parte del Estado puede convertirse en el medio definitivo para apuntalar derivas y abusos.

Cabe aquí una aclaración importante como punto intermedio de esta reflexión: “separación”, en el sentido comentado, no significa, ni mucho menos, “divorcio”. El propio Feyerabend se vio obligado a comentarlo ante alguno de sus críticos:

Recomiendo la separación entre Estado y ciencia, pero también recomiendo que el Estado intervenga cuando la ciencia se le escape de las manos [...] Intervención es compatible con separación si va destinada a establecerla, a protegerla o a restaurarla cuando ha sido violada (Feyerabend, 1978: 181; n. 41; la traducción es mía).

No otra cosa es lo que se espera, por ejemplo, de un Estado separado de la Iglesia cuando ésta se radicaliza o aspira a impregnar las propias instituciones estatales, situaciones más que de sobra conocidas y con frecuencia repetidas.

¿Qué papel debe, pues, jugar el Estado en la generación de conocimientos relevantes para la sociedad? Fundamentalmente, el de establecer, proteger y restaurar su separación de las instituciones y corporaciones generadoras de saber científico y técnico. En seguida, el de arbitrar las situaciones de conflicto entre estas últimas y las de abuso frente a los beneficiarios últimos de sus resultados, es decir, la sociedad en su conjunto. Además, sería ideal establecer condiciones para que el propio ejercicio de la democracia sirva para modular el apoyo financiero público al desarrollo científico-técnico, privilegiando intereses emanados y avalados democráticamente, por encima de los derivados de la esclerotización de las propias instituciones estatales (por ejemplo, las necesidades no autoevidentes de

la defensa nacional u otros establecimientos estancos del Estado) o de los grupos de presión de las propias corporaciones científicas y tecnológicas.

Ni la ciencia ni la técnica representan valores absolutos. Ni siquiera el Estado representa un valor absoluto. Ser capaces de atribuirles el justo valor y el peso social que puedan merecer en cada momento histórico debería ser la principal competencia a la que habría de orientarse una educación ciudadana responsable. Esto, sin olvidar la importancia social que también debería concederse a los conocimientos considerados, en cambio, “irrelevantes” para la sociedad. Pero esto es asunto para otro foro.

Cierro, como no podría ser de otro modo, con Paul Feyerabend:

Los científicos pueden tener ideas y aparatos interesantes que ofrecernos, debemos escuchar sus ideas y usar sus aparatos, pero sin permitir que construyan la sociedad a su propia imagen y sin permitir que se conviertan en los señores de la educación: debería darse una separación entre el Estado y la ciencia tal como la que ya existe entre el Estado y la Iglesia (Feyerabend, 1978: 151).

REFERENCIA

Feyerabend, Paul (1978), *Science in a Free Society*, London: NLB.